



Abuelo por correspondencia

Diana Rivas

Ilustraciones de Francisca Yáñez

Concurso Literario Viva Leer Copec 2025, en colaboración con Academia Chilena de la Lengua.

©del texto: Diana Rivas, 2025

©de las ilustraciones: Francisca Yáñez, 2025

www.fel.cl

ISBN: 978-956-6150-23-7

Edición: Constanza Ried y Verónica Vives. Fundación Entrelíneas

Diseño: Joanna Mora

Corrección de textos: Edison Pérez

El programa Viva Leer Copec, desarrollado por Copec, junto a Fundación Entrelíneas y Fundación La Fuente, está acogido a la Ley de Donaciones Culturales y cuenta con el patrocinio del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

www.vivaleercopec.cl

www.academiachilenadelalengua.cl

Prólogo

Este año, Copec celebra 90 años de historia, casi un siglo acompañando a las personas y al país con innovación, servicio y compromiso, aportando al bienestar de las comunidades, promoviendo la educación, la cultura y la sostenibilidad.

Esa misma vocación inspira desde 2011 al programa Viva Leer Copec. La implementación de bibliotecas escolares y espacios lectores, la formación de mediadores, una colección de libros a bajo costo y cuentos digitales gratuitos e inclusivos, han contribuido a acercar la lectura y la cultura a niñas, niños, jóvenes y familias en todo Chile.

Para conmemorar este aniversario, Copec impulsó junto a la Academia Chilena de la Lengua la primera edición del Concurso Literario Viva Leer Copec. Los más de siete mil cuentos recibidos desde todas las regiones del país confirman el interés de las personas por crear, contar y compartir sus historias. Asimismo, reafirman que la lectura y la escritura siguen siendo espacios esenciales de humanización.

El cuento que aquí se publica, “Abuelo por correspondencia”, de Diana Rivas, obtuvo el primer lugar en la categoría infantil. Es una historia íntima, conmovedora y luminosa, que releva la fuerza de las palabras y la memoria.

Agradecemos a todas y todos quienes participaron compartiendo sus relatos y celebramos el entusiasmo que dio vida a esta primera edición del concurso.

Gracias por ser parte de esta celebración.

Gracias por venir a Copec.





Hoy nos tocó viajar a Santiago de improviso para ir al funeral del Lito. Improviso, palabra nueva. Si estuviéramos en clases la tendríamos que anotar en nuestro cuaderno de vocabulario.

1. Improviso: Que no se prevé o previene.

–¿Qué es improviso, mamá? –le pregunté en voz baja, como si la palabra fuera algo prohibido, un secreto.

Ella guardó silencio un momento, parecía no haberme escuchado y su vista se escapó por la ventana. Al rato me contestó:

–Es algo que no tenías pensado –pero su mirada parecía buscar algo lejos, más allá del vidrio, donde a veces se esconden las respuestas. Yo pensé que viajar de improviso era irse sin aviso, como el Lito.

De improviso.

Sin despedirse.

¿El Lito se fue de improviso?

Me demoré todo el día en convencer a mi mamá que me llevara con ella a Santiago. Al principio me decía que no quería llevarme porque me aburriría, que quizás la pasaría mal, porque allá la gente estaría muy triste. Pero yo no tenía pena, sentía como una emoción. Aunque ya no estuviera vivo, podría verlo al menos por última vez y sentía la necesidad de ir a despedirme. Mientras preparaba nuestras cosas comencé a pensar “¿qué recuerdos me quedaban de mi abuelo?”.

Mi abuelo vivía en Santiago, que son como diez horas de viaje en bus desde Valdivia. Cuando él venía a vernos, se demoraba toda la noche en llegar. Mi abuelo contaba historias y le gustaba grabarlas en una casetera.

2. Casetera: Dispositivo donde se inserta la casete para su grabación o lectura.

3. Casete: cajita de plástico con la cinta magnética, utilizada para grabar y reproducir audio.





¿Sólo eso recordaba de mi abuelo? No puede ser que mis recuerdos de alguien a quien quise tanto quepan en solo dos líneas.

Los primeros recuerdos que tengo del Lito son yendo a buscarlo a la estación de tren. Ya fuera en vacaciones de verano o de invierno, nos visitaba y recorríamos la costanera, el muelle, el parque Saval, el fuerte y todos esos lugares a los que siempre se lleva a las visitas por aquí. Él y mi abuela se habían separado cuando mi mamá era pequeña, ambos habían vuelto a casarse, así que mi mamá tenía más hermanas por parte de él con las que no se visitaban, ni hablaban, no sé por qué.

Le encantaba contar historias, hablar de sus experiencias y las cosas que le sucedían a él o la gente que conocía. Además de contarlas, le gustaba registrarlas. Así que cada vez que sucedía algo que considerara importante, lo registraba en su grabadora: "Aquí estamos con la Anita en la plaza, le estamos dando comida a las

palomas... Anita, mándales saludos a tus primos de Santiago...". Son cosas que no quiero olvidar. Como tampoco me voy a olvidar que la primera carta que recibí fue de él.

El Lito para escribir cartas usaba su antigua máquina de escribir. Tenía una colección de ellas. Estas máquinas se usaban cuando aún no existían las computadoras y parecían pequeños pianos, pero mágicos, porque en vez de música, escribían palabras. Yo aún guardo como un tesoro la que me regaló cuando cumplí ocho años. Tiene un montón de botoncitos con letras que hacen un sonido muy divertido cuando la aprietas:

Tac-tac-tac... ¡ding!

Aunque me costó mucho aprender a usarla, cada vez que me mandaba una carta, hacía todos los esfuerzos por ocupar la mía para responderle. Además, porque con los años él dejó de visitarnos, y la única forma por la que manteníamos contacto era por carta.

—¿Por qué grabas tanto, Lito? —le pregunté la última vez que lo vi, hace más de cinco años y me lo respondió en una carta:

Querida Anita:

He pensado mucho en tu pregunta, la verdad es que nunca me lo había preguntado antes. No sé si tengo clara la respuesta de por qué lo hago, pero desde que empecé, supe que tenía algo especial.

Nunca imaginé que pasaría más de treinta años haciéndolo... pero

aquí estoy. Es como una necesidad. Una necesidad de dejar registro de lo que sucede. Como si al grabarlo, al igual que cuando escribimos, algo de eso pudiera quedarse un poco más en este mundo, un poco más conmigo.

A veces hay cosas de las que no me puedo acordar, pero sé que las tengo grabadas y las busco. Y ahí vuelve: la voz, el momento, los sonidos de fondo, la risa. Es como volver a vivirlo por un rato. Como si el tiempo pudiera abrirse.



Quiero dejar registro hasta que parta pa' arriba, o pa' abajo. Donde me mande el Señor.

Con cariño,
Lito

Y esa fue la última carta que recibí. Aunque le respondí, mi carta llegó de vuelta y con el tiempo perdimos el contacto. Supe que se cambió de casa y que los últimos años no estaba bien de salud, pero solo hasta hoy, el día de su funeral, me enteré de la verdadera razón por la cual ya no me envió más cartas.

—Hace años que no reconoce a nadie. El Alzheimer avanzó rápido —le dijo una mujer en voz baja a mi mamá, como si no quisiera que la escuchara. Ahí lo entendí.

No fue que se olvidara de escribirme. El olvido empezó a escribir por él, dejando sus historias detenidas entre cartas y cassetes.

Ahora solo me quedan las palabras del Lito, mi abuelo por correspondencia.

Al volver del funeral, saqué mi máquina de escribir que decora el escritorio. Con mucho cuidado fui quitándole el polvo, como si estuviera despertando a alguien dormido por mucho tiempo.

Tac-tac-tac... ¡ding!

Escribí lentamente una breve carta, sin destino fijo, pero dedicada al Lito y su memoria.

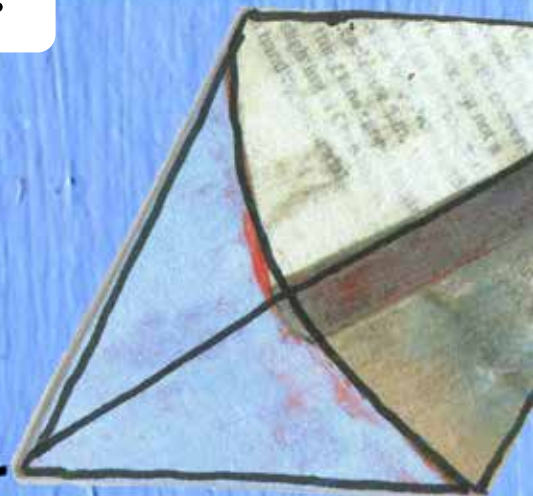
Querido Lito:

Tus palabras e historias jamás se borrarán, donde sea que aún vivan las voces que se niegan a desaparecer...

Con amor
Anita



COPEC 90 AÑOS



ORGANIZAN:

